

Vigésimo cuarto domingo del tiempo ordinario

Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo?

RÍDIO G PORTILLO
RAYMUND A PORTILLO
WWW.JESUS-SACRAMENTADO.ORG

En un mundo tecnificado como éste, siempre es bueno pensar en los verdaderos valores que hacen realmente al hombre y que lo ayudan a ser cada vez mejor en su relación como Iglesia, como comunidad y como sociedad.

El evangelio de este domingo, continúa como se menciona domingo a domingo, la catequesis eclesial de Mateo, en donde Jesús esboza sus primeras enseñanzas a la primera comunidad naciente. Y aprovecha nuevamente una pregunta de Pedro, sobre la dificultad más común entre todos los hombres, pues les parece una montaña altísima e imposible de escalar, es decir, del perdón.

La pregunta de Pedro, no sólo se le hace a Jesús constantemente, sino que también se la hace el hombre a sí mismo, en cada momento del día en el que siente que otro le quita un pedacito de vida y un pedacito de su ser y se siente impotente en el cómo responder y es cuando grita de manera silenciosa: ¿Cuántas ve-



ces debo perdonar a mi hermano?

La respuesta de Jesús realmente es fascinante, pues rompe con el esquema cuantitativo del perdón y coloca una fórmula matemática que para muchos podrá ser exage-

rada e inalcanzable, y es la de 70 veces siete, es decir, el perdonar al hermano "70 veces siete" y lastimosamente es necesario aclarar que Jesús habla nuevamente en parábolas, pues no se está refiriendo a

490 veces, sino el perdonar siempre, no una, ni dos, ni mil veces, sino siempre.

Pero esto en verdad parece imposible, pues otra gran verdad de la vida del hombre es la debilidad en su corazón, que es frágil y que cuando realmente ha sido herido, necesita más que una simple descarga eléctrica para volver a latir.

Pero ¿cómo se podrá amar? ¿Cómo se podrá perdonar? Lo hará sólo cuando descubra la buena nueva del Evangelio, encarnado en Jesucristo, como el Dios amor que ha derramado su vida por los hombres y que gracias al Espíritu Santo ha dado la capacidad de amar como Él ama al hombre, pues con su muerte en la cruz lo ha comprado para Dios, y le ha hecho hijos en su amor.

Por eso en este domingo repetimos como Pablo, si vivimos, vivamos para el Señor, y si morimos, muramos en el Señor, reconociendo que sólo con Jesús podemos transformar nuestra vida, en la construcción de un mundo más justo y auténtico, donde reine el verdadero amor que da realmente la vida.

1era. Lectura del Libro Eclesiástico (Si 27,33-28,9)

Cosas abominables son el rencor y la cólera; sin embargo, el pecador se aferra a ellas. El Señor se vengará del vengativo y llevará rigurosa cuenta de sus pecados. Perdona la ofensa a tu prójimo, y así, cuando pidas perdón, se te perdonarán tus pecados. Si un hombre le guarda rencor a otro, ¿le puede acaso pedir la salud al Señor? El que no tiene compasión de un semejante, ¿cómo pide perdón de sus pecados? Cuando el hombre que guarda rencor pide a Dios el perdón de sus pecados, ¿hallará quien interceda por él? Piensa en tu fin y deja de odiar, piensa en la corrupción del sepulcro y guarda los mandamientos. Ten presentes los mandamientos y no guardes rencor a tu prójimo. Recuerda la Alianza del Altísimo y pasa por alto las ofensas.

2da. Lectura de la Carta del apóstol San Pablo a los romanos (Rom 14,7-9)

Hermanos: Ninguno de nosotros vive para sí mismo, ni muere para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Por lo tanto, ya sea que estemos vivos o que hayamos muerto, somos del Señor. Porque Cristo murió y resucitó para ser Señor de vivos y muertos.

Evangelio según San Mateo. (Mt 18,21-35)

preguntó "Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?". Jesús le contestó: "No sólo hasta siete, sino hasta setenta veces siete". Entonces Jesús les dijo: "El Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus servidores. El primero que le presentaron le debía muchos millones. Como no tenía con qué pagar, el Señor mandó que lo vendieran a él, a su mujer, a sus hijos y todas sus posesiones, para saldar la deuda. El servidor, arrojándose a sus pies, le suplicaba, diciendo: 'Ten paciencia, conmigo y te lo pagaré todo'. El rey tuvo lástima de aquel servidor, lo soltó y hasta le perdonó la deuda. Pero, apenas había salido aquel servidor, se encontró con uno de sus compañeros, que le debía poco dinero. Enton-

ces lo agarró por el cuello y casi lo estrangulaba, mientras le decía: "Págame lo que me debes". El compañero se le arrodilló y le rogaba: 'Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo'. Pero el otro no quiso escucharlo, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que le pagara la deuda. Al ver lo ocurrido, sus compañeros se llenaron de indignación y fueron a contar al rey lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "Siervo malvado. Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haber tenido compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?". Y el señor, encolerizado, lo entregó a los verdugos para que no lo soltaran hasta que pagara lo que debía. Pues lo mismo hará mi Padre Celestial con ustedes, si cada cual no perdona de corazón a su hermano".